

## Irigoyen Larrea: semblanza del maestro de iniciandos

por José Luis Gómez Urdáñez

Octubre de 1973 es una fecha crucial en la historia de la educación en La Rioja a causa de la llegada del espléndido humanista, el padre (de una hija) Irigoyen Larrea. Procedía de la Universidad de Navarra, donde estudió filología clásica (según San Mateo). Recaló en aquella universidad hermana, que tantas glorias intelectuales sigue enviando a La Rioja, tras un fructífero periodo de formación en el Seminario Conciliar de Pamplona, donde, sin duda, sus piadosos profesores forjaron sus muchas virtudes. Tantas logró que no quedo lugar para el vicio, ni en su cuerpo ni en su alma, aunque él, tiernamente, solía decir que no estaba libre ni de polvo ni de paja.

Con las solas armas de la filología grecolatina, Irigoyen Larrea navegó en su juventud hacia el Oriente, pero se detuvo antes de llegar a los Santos Lugares, precisamente en Atenas. Allí practicó la oralidad –mucho más y mejor que en Pamplona– y al fin pudo compaginar lo mucho leído con lo poco experimentado, penetrando una y mil veces por los vericuetos recorridos antes por los dioses paganos. Tuvo tentaciones, sí, pero de todas salió victorioso. Su fortaleza de espíritu era tal que podía ceder a ellas, comprobando luego que de esa forma quedaban inmediatamente vencidas. Así hubo día que logró cuatro y hasta siete victorias, aunque, humilde y discreto, nunca blasonó de ellas.

Tras el largo y duro periodo de formación, Irigoyen Larrea era ya un hombre hecho y derecho. La Patria le llamaba como a tantos españoles, pero él, imbuido de la virtud de la Caridad, cedió su puesto en filas a uno de los muchos excedentes de cupo. ¡Qué más hubiera querido Irigoyen Larrea que sumar a su dilatado curriculum el mérito de soldado! Sin embargo, no cayó en la tentación de la soberbia. Hoy se sabe que el que fue en su lugar al campamento de Cerro Muriano se ha jubilado con el grado de sargento. ¡Que hubiera sido de él en su Almendralejo natal! ¡Cuanta hambre quitó el ejército popular que hoy desaparece! Esto lo sabía bien el maestro Irigoyen Larrea y lo enseñó con el ejemplo: quitándose de la boca lo que dio a otros, gratis et amore.

Su primer puesto –mejor, su primer destino– lo desempeñó en el Colegio Universitario de Logroño (luego, de La Rioja) en comunión con sus hermanos Pedro Arrarás y Aurelio Arteta, recios filósofos de parecidos orígenes y alta formación. Había algunas diferencias entre ellos, no obstante. Por aquel tiempo, las teorías de San Carlos Marx y del Beato Bakunin hacían furor entre profesores y discípulos aventajados, lo que era patente en la doctrina de Arrarás y de Arteta, pero no tanto en la de Irigoyen Larrea. Éste último era también secretamente marxista, pero su mentor ideológico era un tal Groucho. Hoy sabemos que el marxismo de Groucho era una más de las muchas escuelas de que se alimentó la universal doctrina redentora, pero entonces no estaba muy aceptada. Quizás por eso, tozudo como buen navarro, Irigoyen Larrea perseveró.

Descubrió con Aristóteles y Groucho Marx que era el humor lo que le faltaba al marxismo de San Carlos para dar resultados prácticos y comenzó a experimentar. Por ahí se habían adentrado ya Groucho y sus hermanos, pero Irigoyen Larrea llevó sus aportaciones teóricas a las últimas consecuencias: las aplicó a las condiciones objetivas, a la superestructura y a la dialéctica capital-trabajo. En efecto, consiguió resultados espectaculares. En cuanto provocaba unas cuantas carcajadas se empezaban a notar cambios revolucionarios. Por ejemplo: tras varios ataques de risa inducidos por Irigoyen Larrea, se hizo realidad la muerte del célebre culebrón –no me refiero al de Fuenmayor–, cuya vida superaba en longevidad a la de Matusalén. Igual suerte corrieron los dinosaurios de Valdecevilla, los primeros Viernes del Mes y la Sección Femenina (facción Prietas las Piernas). Luego supimos que la caída del muro de Berlín, que sorprendió incluso a la CIA, fue en parte obra suya. Hasta en los confines de la China se extendió su influencia, pues sabido es que los chinos no paran de reír y hablan mil dialectos.

Así, confiado en el éxito, Irigoyen Larrea aplicó el humor a todo: recurría a la geloterapia mañana, tarde, noche y madrugada. Y desde luego, la llevó a la didáctica del griego y del latín. Riendo, leyendo y traduciendo, sus discípulos acabamos aprendiendo diversas lenguas. El maestro siempre recomendaba probar varias hasta dar con la que más se adecuaba al pasaje en cuestión, a sabiendas de que otro pasaje podía exigir nuevas pruebas. Realmente, practicar el método fue maravilloso.

Los riojanos y riojanas que tuvimos la suerte de ser desasnados por Irigoyen Larrea a la tierna edad de dieciocho o veinte años recordaremos siempre su cariñosa manera de tratar a los discípulos –mejor todavía a las discípulas: lo digo con envidia, obviamente– y la eficacia psicopedagógica (y física) de sus métodos lingüísticos. Y eso que en aquellos tiempos no había medios audiovisuales ni La Rioja era un “espacio inteligente”. Por no tener, no teníamos ni universidad, ni ordenadores, ni carreras virtuales. Aquellos estudios, que no se llamaban todavía titulaciones, eran a pelo, mediante la técnica del boca a boca y otras tan viejas como el mundo. Entre el “Ilustrad dum vexat” y el enseñar deleitando, el maestro siempre eligió el segundo método, pues sabía ilustrar y deleitarse.

Sólo un defecto podríamos admitir hoy del maestro (a la vista de cómo nos ha ido). ¡Qué mal nos preparó para el futuro en materia de Religión! Un aspecto tan importante en la formación de las juventudes fue, sin embargo, descuidado por Irigoyen Larrea. Obsesionado por la filología, pensaba que su deber como traductor era probar todos los sinónimos, antónimos, incluso los barbarismos y los modismos populares. En esto, como en todo, era incansable, pero en su virtud anidaba el error. Cuando topaba en el texto griego o latino con una blasfemia –los clásicos eran paganos los pobrecitos– debía buscar todas las posibilidades de traducción. Y ahí brillaba su genio. Un torrente de formas populares, herencia de la secular tradición navarro-riojana de los carreteros y los arrieros, brotaba de sus privilegiadas meninges, siempre, siempre en beneficio de sus discípulos –y discípulas–, que a veces se atolondraban a causa de la sabiduría del maestro.

Tanto se atolondraban que aún años después podían dejarse caer una blasfemia delante de cualquiera sin reparar en que los que la oían no pensaban que era una traducción libre de un verso de Catulo, sino una crítica contra el Orden Popular Único Subvencionado (OPUS). Tanto aprendieron que no podían escuchar un sermón sin notar algún defecto de traducción. Por ejemplo, oían hablar de las Once Mil Vírgenes y recordaban al maestro que demostró que jamás, jamás pudo nadie reunir a tantas. Eran solo seis, por más que el Vaticano no rectifique. ¡Qué sabrán ellos de vírgenes!

Reían tanto sus discípulos al salir de las iglesias que al fin fueron expulsados, con lo que se inició la actual tendencia a la baja en la asistencia a los oficios (algo intolerable en la España de entonces, desgraciadamente permitido hoy incluso en las buenas familias). Identificado el maestro Irigoyen Larrea como inspirador de tal tendencia fue condenado por la jerarquía a vivir sólo de su pluma (o de su pelo, que en esto no suele hacer distinciones, la jerarquía claro, que él sí).

Por eso, como tantos otros, se recluyó en la corte. Privado del contacto con discípulos –y ¡ay! discípulas–, se refugió en la escritura. Escribió poemas, se asomó a la prensa diaria, tradujo textos griegos, asesoró a dramaturgos, hasta compuso letrillas de afamados cantores. Con un tal Kavafis hizo pareja de hecho en el Parnaso. Nunca aceptó el puesto de gerente que le ofreció una multinacional japonesa dedicada al negocio de los preservativos, ni el de jefe de ventas de una empresa gallega de exportación de almejas. De haber continuado en el Seminario de Pamplona, hubiera llegado a cardenal. Méritos, lo que se dice méritos, le sobran todavía hoy, pero humilde como es, nunca aceptaría la púrpura. Sabido es, además, que no soporta encontrarse con el nuncio.

No acumuló más riquezas que las de la amistad y la inteligencia compartida. Dio mucho y recibió otro tanto. Vive, come et folga, que no es poco hoy en día.

Nota Bene.

Ramón, maestro, gracias por las cenas que me pagaste, por los versos que me leíste – como sólo tú sabes hacerlo– y, sobre todo, por los cien libros que me dejaste en el verano de 1974. Ni un príncipe del Renacimiento ha tenido mejor preceptor literario que yo.